¡TIERRA!

SEMANAL LIBERTARIO

ACOGIDO A LA FRANQUICIA Y REGISTRADO EN CORREOS, COMO CORRESPONDENCIA DE SEGUNDA CLASE

AÑO XIII — DIRIJASE TODA LA CORRESPONDENCIA A DOMINGO MIR. — APARTADO DE CORREOS NUMERO 1316 — NUM. 567

REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA DRAGONES 31 Y 33, | HABANA, JUEVES 20 DE AGOSTO DE 1914 | UN AÑO: ISLA, $1.50. EXTRANJERO, $2.00. NUMERO SUELTO 3 CENTAVOS. PAQUETE DE 25 EJEMPLARES, 50 CENTAVOS.

LA GUERRA EUROPEA

COMENTANDO

La mejor crítica que podemos hacer de la sangrienta guerra europea, es transcribiendo y comentando muy brevemente las noticias que acerca de ella nos llegan. Aun copiándolas escuetamente, hay en ellas tanta elocuencia, que se necesita ser muy obtuso, muy imbécil, muy preocupado o muy pillo para no darse cuenta de que son los Gobiernos peor que salteadores de caminos, que es el patriotismo una preocupación que cuesta al pueblo muchos sacrificios y mucha sangre, sin útil compensación, que es la guerra la más bárbara y más grande de las humanas locuras, y en suma, que es la actual sociedad burguesa una sociedad de corderos capitaneados por lobos.

Una de las cosas que más saltan a la vista es la hipocresía de los jefes de los Estados, que en sus proclamas a los respectivos pueblos, después de pretender justificar vanamente sus actos de violencia, cada uno reclama exclusivamente para sí la protección divina, con lo cual convierten a Dios en un alcahuete dispuesto a amparar todos los actos de violencia, todos los humanos desafueros, dando por igual la razón a tirios y a troyanos.

Véase como terminan sus proclamas los Emperadores de Austria-Hungría, Alemania y Rusia:

«Confío en las fuerzas valientes y leales de Austria Hungría, y confio en que el Todopoderoso concederá la victoria a mis armas».—Emperador de Austria-Hungría.

«A las armas! Con Dios a la cabeza de nuestras tropas, como siempre lo estuvo en las campañas de nuestros antepasados».—Emperador de Alemania.

«Con una profunda fé en la justicia de nuestra obra y con una humilde esperanza en la omnipotencia divina, pedimos la bendición de Dios sobre la santa Rusia y sus valientes soldados».—Emperador de Rusia.

¡Pobre divinidad! En tí se escudan todos los tiranos para justificar sus desafueros y todos reclaman tus bendiciones para sus fratricidas ejércitos. Lo que no impide que el Papa te invoque no menos hipócritamente para que impongas la paz, y que millares de ignorantes madres te recen acongojadas para que salves al hijo de sus entrañas que a la guerra obligaron ir.

¡Oh, Dios, eterno mito de la impotencia, lo mismo sirves para un barrido que para un fregado!

***

Cuando ocurre un terremoto, un naufragio, un incendio, un accidente minero, en suma, una gran desgracia que ocasiona buen número de víctimas, todo el mundo se emociona y expresa su sentimiento.

Cuando se produce una huelga, un motín, un atentado terrorista que ocasiona algunas víctimas, todo son condenaciones y anatemas sobre los que se supone causantes del daño.

Pues bien, cuando por efecto de una guerra se mata a millares de hombres y se causa la ruina de pueblos y ciudades, todo son celebraciones y regocijo por parte de los vencedores.

Pudiéramos presentar infinidad de ejemplos, pero bastarán dos que ofrecen el contraste:

«Londres, 8.—Los cadáveres de los alemanes, en Lieja, yacen amontonados dentro de las trincheras belgas y los que marchaban al asalto del fuerte Bardeon se vieron obligados no solamente a pisotear sus camaradas muertos, sino en ocasiones a trepar sobre esos montones de cadáveres que formaban una especie de muralla humana de cinco pies de altura».

«Amsterdam, 9.—Noticias recibidas de Berlín dicen que esta capital está de fiesta con motivo de la caída de Lieja.—Un edecan del Kaiser ha anunciado la grata nueva a las multitudes reunidas delante del Palacio».

Ya lo veis, el pueblo de Berlín está de fiesta, porque se ha tomado la ciudad de Lieja, teniendo que trepar los asaltantes vivos sobre montones de cadáveres. Y los asalariados periodistas y los hombres «sensibles» que siempre tienen una maldición para el huelguista que recurre a la violencia para defender su derecho y para el anarquista que atenta contra un tirano, no tienen una palabra de protesta por ese imbécil regocijo de un pueblo ante los horrores de una ciudad asaltada.

***

¿Quereis más pruebas de la ferocidad patriótica de los bandidos uniformados, que «operan» legalmente al amparo de los respectivos Gobiernos? Leed y regocijaos almas sensibles inflamadas de ardór bélico:

«París, Agosto 8.—Se va confirmando en todas sus partes los atropellos inauditos y los horrorosos crímenes cometidos por los alemanes de la frontera.

Cada vez que logran penetrar en algún pueblo o aldea alsaciana, fusilan a todos cuantos se les hacen sospechosos.

Londres, Agosto 10.—Debido a que tres guardas jurados hicieron fuego sobre un destacamento alemán, los soldados que lo componían, por orden de su jefe, atacaron ferozmente la aldea de Soiron, exterminando a todos los habitantes de la misma, sin respetar a mujeres ni niños.

Los habitantes de las aldeas vecinas han tenido que acudir a Soiron a enterrar a todos los habitantes de la misma.

Bruselas, 7.—Un aviador alemán se remontó sobre Lieja dejando caer algunas bombas sobre la ciudad y sobre los fuertes. Tres de estas bombas cayeron sobre la multitud reunida en la plaza, matando a 17 e hiriendo a otros tantos.

Bruselas, 5.—La ciudad de Vise, invadida por los alemanes, ha sido incendiada. Muchos paisanos fueron muertos por los invasores.

Londres, 10.—Las tropas alemanas han matado a todos los habitantes de la aldea de Soiron, en Bélgica. Esta horrible matanza se debió a haber disparado tres jardineros contra un destacamento alemán.

París, 10.—Anuncian de Belfort que a consecuencia de haber fusilado los alemanes a varios súbditos franceses, éstos tienen en rehenes siete prominentes ciudadanos alemanes residentes en Montreux.

París, 10.—El Conde de Neum, jefe del Partido Católico de Francia, ha traído a París la horrible suerte de cuatro jóvenes daneses, los cuales fueron víctimas, en Berlín, de la ira alemana.

Según refiere el Conde de Neum, en los alrededores de la estación y al tiempo de dirigirse él a tomar el tren que le condujo a Francia, un grupo de jóvenes daneses que le reconocieron, prorrumpieron en gritos de ¡Viva Francia!

El Conde de Neum pudo tomar el tren; y tuvo tiempo de ver como los oficiales alemanes que mandaban las patrullas de hulanos, que allí prestaban guardias, se lanzaron esgrimiendo el sable, contra el pequeño grupo de daneses. Y en la misma gran plaza de la estación, se puso en fila a los que habían proferido el grito favorable a Francia. Se les sorteó, y fueron designados cuatro, a los cuales se les fusiló inmediatamente. A los restantes se les encarceló.

El Conde de Neum refiere que la inmensa muchedumbre, congregada para asistir a la ejecución, prorrumpió al sonar los disparos, en un ¡Viva Alemania! ¡Muera Francia!»

Podríamos continuar. El capitulo de las atrocidades es interminable. ¡Y estamos en los comienzos de la feroz y patriótica contienda!

Por hoy basta. Ya tendremos ocasión de continuar nuestros comentarios.

Pensamientos rojos

El dinero sin el trabajo, sería un factor inútil en la sociedad; sin embargo, es lo general que el que trabaja no tiene dinero y el que no trabaja es el señor y dueño de todas las cosas.

El dinero, es pues, trabajo acumulado por los trabajadores para que gocen de la vida los que no trabajan.

—

Los ricos hacen ver a los pobres que sin su dinero no podrían éstos vivir, cuando lo que ocurre es precisamente lo contrario.

—

Antiguamete era el pueblo explotado por los reyes, los frailes y los nobles.

El industrialismo moderno ha forjado las cadenas que le faltaba.

—

¿Matar legalmente?

—Sí, puedes hacerte soldado o verdugo.

—

No hay en el mundo más que una clase de eslavitud: la esclavitud de la ignorancia.

—

Dios, según la Biblia, nos condenó a ganarnos el sustento con el sudor de nuestra frente, pero no a ser explotados por nuestros mismos hermanos.

Esta «verdad» bíblica, se revuelve airada contra sus inventores.

CARMEN N. CAR.

Folletos

Acabamos de recibir los folletos «Trabajador no votes, Soldado no mates», precio tres centavos; «El espíritu revolucionario», por Kropotkine, cuatro centavos; «La anarquía ante los tribunales» y en «El Café», a siete centavos.

OPINIONES IMPARCIALES

CARTA ABIERTA

Sr. Juan Tur.

Habana.

Estimado amigo: Desea usted conocer mi opinión sobre el actual conflicto armado que ha estallado entre las naciones más poderosas de Europa, y aunque mis muchas ocupaciones me impiden tratar el tema con la amplitud que merece, quiero corresponder a su atención exponiéndole de manera sintética y concisa, las reflexiones que me sugiere.

Múltiples son los puntos de vista que ofrece esta cruenta lucha entre naciones que han pretendido vanagloriarse siempre de llevar el centro de la civilización. Sin embargo, esta misma lucha nos demuestra que estamos todavía muy lejos del verdadero ideal de la civilización humana. Por eso, sin duda, mi insigne maestro Eugenio María Hostos sostuvo siempre en su cátedra de sociología que la humanidad no alcanzaba todavía sino un grado de semi-civilización y que muchas naciones que se decían civilizadas estaban todavía en estado de barbarie.

Un eminente humorista y pensador inglés, George Bernard Shaw, ha dicho que la mayor parte de las personas creen, equivocadamente, que la civilización y el progreso son la electricidad y el vapor. Cierto es que los adelantos industriales y mecánicos son factores poderosos de la civilización, pero nada valdrían si no se pusieran al servicio de las más altas y más puras aspiraciones humanas.

Guerra es sinónimo de barbarie. El mundo sólo avanza en el orden de una civilización positiva, cuando da un paso que lo acerque más y más al ideal de cohesión y de solidaridad del género humano. Si de algo valen los adelantos materiales del siglo XIX y del XX es porque casi todos ellos han facilitado la comunicación de unos pueblos con otros, han aproximado a los hombres entre sí, han engendrado un fraternal cosmopolitismo que hace ya olvidar las estrechas divisiones de la geografía política, y han hecho comprender, en suma, que por encima de todo otro orden de sentimientos y de ideas debe predominar en el hombre el amor de la gran familia humana, a que él pertenece.

Al lanzarse a una guerra como la que en este momento sobrecoge el ánimo de los que sienten y palpitan por la humanidad y para la humanidad, las naciones dan un paso atrás en el orden de la verdadera civilización. Odiosas son las guerras en toda circunstancia, pero alguna excusa pueden encontrar cuando tienen su orígen en un sentimiento o en una idea arraigada en un pueblo por el influjo de la tradición y de la historia. En el caso presente no es así: la muerte violenta de los herederos probables de un trono, atribuída,—no importa si con razón o sin ella,—al pueblo servio, provoca el gesto, lleno de irreflexiva soberbia, del más anciano y más infortunado de los jefes de estado de Europa. La guerra entre Austria y Servia estalla, y, como tocada por un resorte mágico, Europa entera se pone de pié. Y el mundo contempla hoy, con horror y espanto, la espantosa carnicería que diezma a siete naciones. Los buques aéreos, envidia de las águilas, se destruyen unos a otros y se desploman, en vértigo de fuego, desde las alturas. Las aguas de los mares se tiñen de sangre y se entreabren para recibir en su seno las formidables máquinas con que el hombre se enseñoreó de los líquidos dominios. Y sobre los campos, en los cuales la cosecha revienta en frutos ópimos, agonizan millares de seres sacrificados al prejuicio tradicional de la disciplina.

¿Es eso progreso, es eso civilización? ¿Vale la vida de un archiduque el sacrificio de esos millones de seres, la perturbación económica que sufrirá el mundo por consecuencia de la guerra, el retroceso que tanto en el orden material como en el orden moral esa guerra representa?

¡Vana ilusión es, por tanto, la de los que confiar pudieron en la actual civilización humana! Mientras tantas vidas humanas,—sea voluntario o no su sacrificio,—estén sometidas al capricho de un hombre; mientras los pueblos no busquen el modo de que cambie radicalmente la situación ominosa a que están sometidos: obligados a ser instrumentos de explotación en la paz y a ser *carne de cañón* en la guerra, a la cual van impulsados por la torpeza o el capricho de gobernantes irreflexivos; mientras el concepto de la solidaridad humana no sea un artículo de fé, no podremos vanagloriarnos de haber entrado de lleno en el orden de la civilización.

Antes de terminar esta ya extensa carta, deseo arrojar una flor sobre una tumba recien abierta. Entre el fragor de esta catástrofe que envuelve en sus redes hasta ahora a siete naciones y que mañana acaso alcance a otras más, se ha perdido, casi sin eco, el grito de dolor que ha arrancado a los más fervorosos amantes de ese ideal de confraternidad humana, el asesinato de Jean Jaurés. Hombre honrado y bueno, aunque susceptible de error como todos los hombres, fué Jaurés un apóstol. Ante el problema de la guerra, que se avecinaba, no vaciló: sus ideales le ordenaban condenar la guerra, y la condenó, fulminando sobre ella el más tremendo anatema. Ese gesto le costó la vida, sin duda. El brazo que lo hirió fué movido por el fanatismo suicida de los que quieren morir matando a sus semejantes. Y esto me hace exclamar, una vez más: ¡cuán lejos estamos, amigo mío, del verdadero ideal de la civilización!

Créame siempre su afectísimo amigo,

DR. MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

POLITICA EXTRANJERA

EL SIGLO XX, SIGLO DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL Y DE LA GUERRA UNIVERSAL.

Basta observar con serenidad el horizonte para adquirir el convencimiento de los más desesperantes y lamentables sucesos que se dibujan en el porvenir, quizás para bien de la humanidad.

La muerte del Archiduque de Austria encendió la hoguera, y una vez inflamada la Europa, veremos entrar en el fuego al Japón, arrastrando a China, siquiera sea para aumentar la inquietud, y obligar a la recelosa América a no permanecer indiferente; todo el mundo ha de sentirse lanzado a la guerra; todas las naciones han de pelear.

Estaba destinado al Siglo XX el nombre de «Siglo de la Guerra Mundial y de la Revolución Social».

Y del mismo modo que una bala de revólver despertó la Europa, acabando con la existencia del Archiduque de Austria, otra bala de revólver en Fran-

cia y de fusil reglamentario en Alemania, acaban de dar el golpe de gracia a esta sociedad de la familia y del dinero.

El Jefe del Socialismo francés y el Jefe del Socialismo alemán han sido muertos, uno asesinado, el otro ejecutado, que es lo mismo.

Los dos predicaban la paz, pedían el desarme, hacían sombra a los guerreros de Europa, les estorbaban, había que acabar con ellos, romper violentamente toda tendencia que pudiera debilitar el patriotismo y quitar del medio a sus apóstoles, aun cuando predicasen los más sagrados principios de la humanidad, la «paz» y la «justicia universal».

Ellos dos tenían convenido llevar a cabo la huelga general en las dos naciones, para impedir la guerra en caso de quererla los Jefes de Estado, y sólo la muerte de ellos podía evitar ese gravísimo peligro: La imposición del pueblo por el «paro» general, el acercamiento de Francia y de Alemania por los intereses naturales de los hermanos de trabajo—un ideal próximo a realizarse.—No era posible; había que impedirlo, y sólo se conseguía así dando muerte a los que vivificaban la idaa.

Pero el pueblo francés y el pueblo alemán despertarán—tan pronto como se den exacta cuenta, tan luego como pasen los primeros momentos del apasionamiento patriótico, del ardor bélico,—cuando empiecen a sufrir las consecuencias de las guerras mundiales; pasando hambre, frío, privaciones, mientras que los grandes señores y los grandes generales seguirán paseando en medio de sus escoltas, o metidos en sus automóviles, sin preocuparse de los millares de hombres que morirán en las refriegas y en los combates, de las ruinas de sus pueblos y de sus hombres!

Y ya acabe la guerra en beneficio de unos, o en beneficio de otros, los dos pueblos verán sus campos destruídos, sus poblados destrozados, el número de sus habitantes diezmado y su aristocracia disputándose por conservar un puesto, desde el que pretenderán continuar la era de explotación y de placeres.

Y las víctimas de la guerra y las víctimas de la paz seguirán siendo las mismas, con la particularidad de que, si las masas socialistas despiertan tarde o temprano en Europa, y se dan cuenta del horrible atentado de que han sido víctima sus jefes, y de la carnicería a que han sido llevados, es muy probable que la guerra europea se convierta y se transforme en una revolución social de consecuencias tan fatales, como merecidas.

No podrá ser de otra manera; la guerra destruirá a Europa, paralizará el comercio, matará la industria, quebrantará la disciplina social, arrastrará un militarismo incompatible con la libertad y con la democracia, la vida del proletario se hará imposible, y en medio de una desesperación sin límites, la revolución social vendrá por sí sola, impulsada por el hambre, por las humillaciones, por las injusticias! Habrá podido más la soberbia de los monarcas que la propaganda de los apóstoles, pero el triunfo se aproxima.

El movimiento socialista de Francia y Alemania comienza ahora. Han muerto los jefes del Socialismo. Ellos se convertirán en héroes, en mártires de la idea y el final de la guerra, si antes no surgen acontecimientos extraordinarios, será el punto de partida de una nueva era, que entrará a reinar bañada en sangre, y proclamando los grandes ideales de la igualdad ciudadana.

Dr. Pedro Herrera Sotolongo.

CRONICA

Visión roja

Con la cabeza caldeada por la lectura de los periódicos, llenos estos días de noticias de la guerra, me acosté esa noche . . .

Y soñé . . .

Mi sueño, en caminar mágico, me condujo a París, a la ciudad luz, a la ciudad de los grandes crímenes, y también de las grandes revoluciones . . .

No reconocí el sitio donde me hallaba. Una avalancha humana me arrastraba, ignoro por qué recónditos suburbios de la gran ciudad . . .

La masa se agitaba. De los labios brotaban canciones guerreras. Vivas y mueras salían de la masa rabiosa que marchaba, marchaba sin rumbo . . .

Los soldados y los oficiales que la avalancha encontraba a su paso eran ovacionados y a duras penas lograban sustraerse a las extemporáneas manifestaciones de la multitud . . .

Francia había declarado la guerra a Alemania. La hora de la revancha estaba próxima y el buen pueblo de París, siempre frívolo y deseoso de divertirse, se había lanzado a la calle y corría por los boulevares gritando: ¡A Berlín! ¡A Berlín! . . .

Despesté . . .

Un cigarro, dos vueltas en el no blando lecho, y de nuevo me quedé dormido . . .

Y de nuevo volví a soñar . . .

También esta vez me condujo mi sueño a París . . .

También esta vez me ví rodeado de una muchedumbre que me arrastró con irresistible empuje . . .

También esta vez el buen pueblo de París se había lanzado a la calle en busca de diversión.

Pero ahora no se limitaba a gritar. Ahora lleno de fiebre destructor el paso de la avalancha quedaba marcado por el incendio y la desolación. Ahora no eran ovacionados los militares, por el contrario, los restos de uniformes ensangrentados que llevaban como trofeo algunos de los manifestantes demostraban lo que el ejército podía esperar del pueblo. París había ploclamado La Comune y el pueblo daba suelta a los odios que durante tantos años había acumulado en su corazón . . .

La ola destructora avanzaba, avanzaba siempre, y entre el fragor del incendio, y los disparos de los fusiles solo se destacaban vibrantes, entonadas a una sola voz por todas aquellas gargantas enronquecidas, las estrofas del himno de Ravachol:

Si tu veux etre heureux!
non de Dieu!
pends ton proprietaire! . . .

. . . .

Otra vez desperté. Ya era de día y me ví obligado abandonar el lecho que esa noche no me sirvió para descansar . . .

Desde entonces, y ante la absoluta carencia de noticias de Europa, martirizo mi imaginación tratando de averiguar cual de las dos visiones de esa noche estará más cerca de la realidad . . .

Y a pesar de todo lo que la prensa dice, mi instinto de rebelde me hace creer que es la última . . .

Ojalá que ese instinto no me engañe . . .

Juan de Tariego.

¡Guerra . . . . !

IMPRESIONES

Un soberbio signo de interrogación hecho de sangre y de fuego, álzase mudo y retador en los horizontes de la vieja y *culta* Europa.

El epiléptico Guillermo II, ese moderno Atila de escaparate, dióle una palmadita en el trasero a Marte, santo de la devoción de toda su vida, el que, al despertar, desencadenó sobre Europa la más espantosa y quizás la última de las guerras.

La rapidez de los acontecimientos, discretamente preparados, no ha dado lugar a la protesta y la prensa burguesa, sobre todo la reaccionaria, viene cantando victoria en honor de la barbarie imperialista y supuesto fracaso de las ideas modernas. Con sus plumas emponzoñadas al servicio, no de la verdad, sino del centavo, no de la justicia, sino de los Sátrapas, envenenan las impresionables multitudes con sus cantos al *heroísmo militar*, al *honor* de la *bandera*, al *sacrificio glorioso* por la *patria* y otras zarandajas, con lo cual pretenden despertar en las masas inconscientes la Bestia de los remotos tiempos del heróico canibalismo.

Esas mismas cantaletas entonan también los Césares en las proclamas que dirigen al pueblo, a ese mismo pueblo que ayer ametrallaron por pedir un poco más de pan y de justicia; a ese que explotan, tiranizan y envilecen los patriotas de profesión.

«Tenemos que defender las más sagradas posesiones de nuestra patria y de nuestro hogar—dice en una de sus proclamas el César militarote teutón—contra los ataques de los enemigos, envidiosos de nuestras glorias, que nos rodean. Yo confío en la voluntad de Dios y en el viejo espíritu guerrero del noble pueblo alemán, ese poderoso espíritu que ataca al enemigo donde quiera que lo encuentra . . . !

Recordad—termina—que sois alemanes, Dios os bendiga».

Y el Calígula del siglo XX, el trágico arlequín Nicolás II, que en enero de 1905 ordenó aquella masacre en la que murieron más de 5.000 trabajadores en las calles de San Petersburgo; ese tigre por el que centenares de miles de rusos sufre horribles torturas en las heladas regiones siberianas por el delito de pensar y de sentir hondo, principia así su proclama: «Nos, por la gracia de Dios, Nicolás II, Emperador y Autócrata de todas las Rusias, Rey de Polonia y Gran Duque de Filandia a nuestros fieles súbditos hacemos saber que Rusia, unida por los lazos de la fe y de la sangre con el pueblo eslavo» . . . etc. (acordaos de la *paz varsoviana*) y termina: «Creemos firmemente que todos nuestros leales súbditos se levantarán con unánime devoción a la defensa del suelo nacional; etc . . . que la unión del emperador con su pueblo será más estrecha (acordaos de Siberia) y que Rusia alzándose como un solo hombre rechazará el ataque del enemigo. Con profunda fe en la justicia de nuestra causa y con la humilde esperanza en la Providencia Omnipotente en la oración, (¡atiza!) pedimos la bendición de Dios para la Santa Rusia y sus valientes tropas».

Amén. He ahí como engañan a la masa, como pretenden enardecerla hablándole de peligros y de ofensas de un enemigo que no conoce; hablándole de *bendiciones*, de *honor*, de *gloria*, ocultando con esas frases de teatral efectismo las verdaderas causas de la guerra; las cuales no son otras que la sed devoradora de expansión, de poder, de dominio; por el brutal espíritu imperialista de los Nerones y por la conveniencia mercantil de poderosas empresas industriales.

Pero ¡ah! ¡Llegaron tarde los Alejandros de nuevo cuño! ¡No canten victoria, no; los plumíferos, la canalla enredadora, que todo lo desvirtúa y tergiversa en beneficio de sus amos! . . . No canten victoria, los nostálgicos del pasado, que la interrogación muda, impasible, formidable se delinea cada vez más en el espacio! . . .

En las grandes capitales, alrededor de las fastuosas cortes de reyes y emperadores, pulula un enjambre de parásitos y de chulos, que no se sabe de que viven ni que hacen, pero están siempre con la boca abierta como caimanes, esperando que el César estornude o asome la nariz por una ventana, para desgañitarse dando vivas. Estos son los que forman las manifestaciones patrióticas; éstos son los que gritan en París, hoy como en el año '70, ¡a Berlín! y los que gritan en Berlín ¡a París!; son éstos los que invaden las oficinas de inscripción de voluntarios. Pero no son éstos, no, los que forman la masa principal de esos grandes rebaños uniformados. Esos millones de borregos que van a estrellarse unos contra otros sin saber porqué, ni para qué, son, en su mayor parte, pobres campesinos arrancados violentamente del terruño y sujetos al yugo de la disciplina; infelices lugareños que convierten en autómatas para que mejor maten y mueran.

Mas ¡ay! de la Canalla cuando los trabajadores conscientes respondan airados al pisotón insolente de la grosera bota militarista! . . . Cuando pase la ola del primer momento de inconsciencia y falso entusiasmo; cuando los campesinos y lugareños, los explotados y tiranizados vean destruído el producto de largos días de penoso trabajo; cuando vean sus graneros y corrales vacíos, sus hijos, hermanos o padres muertos o mutilados por la patria, las mieses de los campos, cultivadas tras cruentos sacrificios y sudores, arrasados, hollados por el zapatón militar, empuñarán sus afiladas hoces y a falta de doradas mieses segarán pescuezos y harán la recolección de cabezas de tiranos y tiranuelos que los redimirá, de una vez para siempre, del envilecimiento en que viven . . . ¡Guay, entonces, de los Césares y sus lacayos!

Mientras tanto, Marte triunfa . . . La trájica sombra de la miseria y de la muerte, ciérnese sobre el mundo con terribles aleteos, y la interrogación muda y acusadora sigue inmutable . . .

Ya pueden cantar victoria, los que por un error atávico del Tiempo viven en nuestra época, pero no con ella . . . .

No cabe duda que las *disciplinadas* huestes socialistas alemanas, esos cinco millones y pico de votos socialistas, elemento joven, casi todo comprendido en la edad militar, son anulados en dos en gran parte por la férrea disciplina cuartelaria y van a engrosar los bárbaros batallones teutones, pero eso, que corrobora nuestro concepto del socialismo autoritario y de antemano preveíamos, no es la bancarrota del socialismo libertario.

El tiempo y los acontecimientos se encargarán de demostrar que un hombre libre, un hombre de cerebro y corazón sanos, vale más, puede más que el Gran Duque Nicolás de Rusia, que el Archiduque Federico de Austria, que Von Molke de Alemania con sus respectivos estados mayores.

Contra Krupp y Schneider en sus lujosos despachos, vendiendo cañones y ametralladoras, como un tabernero vende la caña con que se envenenan los alcoholizados, opondremos al modesto químico en su pobre laboratorio instalado en una humilde buardilla.

Contra los cañones de tiro rápido y los fusiles de repetición, opondremos la acción de la electricidad y de la dinamita.

Contra la bárbara disciplina militar, castradora de hombres, la acción individual . . .

Contra la metralla y la dinamita a toque de corneta, opondremos la elocuente espontaneidad de la metralla y la dinamita impulsada por hondas palpitaciones arteriales de pechos generosos, salidos tal vez de entre las mismas víctimas de la guerra . . .

Mientras tanto, Marte, el dios de la Bestia Humana, triunfa . . . Pero la pavorosa interrogación, formidable y muda como una amenaza, sigue impertérrita iluminando el horizonte . . .

M. Galán.

Habana, 14 de Agosto de 1914.

A vuela pluma

A Ricardo Checa.

No hay duda, la raza humana ha progresado mucho; de los tiempos prehistóricos, en que el hombre habitaba en lúgubres cavernas y sufría los rigores del invierno, a la época actual, época de elegancia, comodidad y riqueza, en que posee confortables palacios, suntuosos trajes con que cubrir sus carnes, rápidos medios de locomoción . . . etc., hay mucha diferencia; al hombre salvaje que bestialmente luchaba con sus semejantes, por los más insignificantes motivos; lo ha reemplazado: el hombre civilizado, bondadoso, humano, que sostiene asilos y crea sociedades benefactoras de animales . . .

La mecánica, la industria, las ciencias y las artes han avanzado prodigiosamente en el continuo evolucionar del tiempo, y como diría el poeta: «Los inmensos valles, en un tiempo no hollados por la planta del hombre, donde la vejetación exuberante, libre del dominio humano, obstrucionaba el caminar, se han convertido hoy, al impulso de la palanca del progreso, en fértiles y cultivados campos, cuyas distancias, antes enormes, acorta fácilmente la rauda locomotora».

El cable nos trasmite, con rapidez asombrosa, las noticias de sucesos ocurridos a centenares de millas de nosotros; los grandes trasatlánticos, verdaderas ciudades flotantes, cruzan orgullosos el insondable océano, en lucha continua con la muerte; el hombre, no contento con surcar los mares y los ríos, las montañas y los valles, quiso obtener el dominio de los aires, inventó dirigibles y aeroplanos; navegar bajo las profundidades imponentes del océano, inventó el submarino, estrecho su pensamiento en la tierra, vuela hacia ignotas regiones y arranca al misterio de los siglos, la formación de los mundos . . .

. . . .

El cielo, antes diáfano, de un azul bellísimo que reflejaban los mares y los ríos, se ha eclipsado, cubierto por negras nubes de escepticismo y duda; el aire se hace irresistible, presagia tempestad; se oyen ruidos extraños, precursores de terribles cataclismos.

Es el reinado de las tinieblas, la derrota de la razón, el triunfo de la barbarie, la vergüenza de la civilización; es, en fin, el imperio de la guerra; del hombre fiera, que lleva la muerte y la desolación a los hogares, que mata y muere con un concepto equivocado de la patria; que legaliza el asesinato en grande escala; que cual chacal hambriento tiene sed de sangre . . .

Este reinado de barbarie y destrucción ¿detendrá a la humanidad en el camino emprendido de civilización y progreso? . . . Creemos que no, la guerra que actualmente agita la Europa, es un obstáculo que retarda, pero no detiene la marcha del progreso; quizás si tras el anochecer de esta barbarie horrible, nos espera el amanecer de una sociedad más humana, libre e igualitaria, digna de los tiempos que corremos.

Augusto Martinez.

Guanabacoa, Agosto de 1914.

¿Hacen falta brazos?

No nos guía al contestar esta interrogación, ni sectarismos, ni aún siquiera oposición a la inmigración. Que vengan a estas playas cuantos les plazca, que abandonen sus lares en busca de *fortuna* los que se hallan bajo la férula de gobiernos sin escrúpulos y de caciques ladrones, pero que vengan convencidos que el caciquismo, ese caciquismo libidinoso y de rapiña es lo que priva en las Américas; que no se forjen la ilusión de que los gobiernos que en éstas padecemos, son algo más pulcros y honestos que los de los demás países; que sepan que, igual aquí que en todas partes el organismo gubernamental es el instrumento protector del capital y la explotación; que no se dejen sorprender por los alquilones de la pluma, que todo lo posponen a las migajas que les arrojan sus amos, los capitalistas, y que sepan de una vez y para siempre, que hay miserables agentes vendidos para cantarles las bellezas de Cuba y las prosperidades que hallarán en ella los que vengan a regar su fértil suelo con el sudor de su frente.

Se arguye, con mezquinos subterfugios que destrozan toda lógica, que los millares de trabajadores en paro forzoso actualmente en Cuba no son aptos para las labores del campo, no se adaptan al aislamiento y falta de roce social; pero nosotros que sabemos leer entre líneas y distinguir lo que se dice, y lo que tácitamente se calla, entendemos las *sanas* intenciones de los que tales cosas propalan y sabemos también, como lo saben ellos, las causas por qué el trabajo del campo no tiene atractivos y hasta se abomina de los horrores y despojos de que son víctimas los campesinos y colonos: ahí están los hechos que cantan claros como clarinadas de protesta, que se suceden sin interrupción y que levantan la voz llena de indignación y de inquietud de todos los trabajadores en particular y de todo el pueblo en general. ¿Quién ignora los atropellos inauditos realizados por el general Montalvo y sus secuaces, en el Caimito, de los que se ha ocupado la prensa burguesa, que no nos explicamos qué mágia ha ejercido sobre la misma, haciendo que guardara silencio sepulcral precisamente cuando había empezado a cantar claro? Y hechos de estos se suceden todos los días: trabajadores que son expulsados de los ingenios a viva fuerza sin abonarles sus haberes, después de 5 y 6 meses de trabajo en ellos, bodegas convertidas en garitos, dependencias de los mismos centrales que despojan al pobre trabajador del campo a mansalva.

Hemos leído hace unos días que, no sabemos que alto funcionario público propone sean tomadas vistas cinematográficas de los Centrales y lugares pintorescos de la Isla para que sean remitidas y puestas a la vista pública en lugares de pauperismo de España y otros países, como medio de atraerse inmigración, ilusionados con el bello panorama. Es una excelente idea, que ha de merecer el aplauso de los caciques y explotadores, con quienes, después de todo le conviene andar a *partir peras* el que la concibió.

Nuestro aplauso, y entusiasta, lo obtendrá el que tome el atrayente panorama cinematográfico de cuando los trabajadores rendidos y sudorosos cortan la caña, hacen la molienda del azúcar, aran los campos, hacen la siembra y recolección que da ping ües beneficios a los señores del *dios oro* y les mantiene a ellos en cambio siempre en el mismo estado de indigencia y desventura.

Nuestro aplauso, y cumplidamente, será para el que tome vistas positivas de la realidad de la vida que se pasa en los campos de Cuba, de la bazofia que comen los trabajadores en los ingenios, de los chiqueros que les dan por albergue, del robo de que son víctimas por parte de los dueños de fincas, centrales y bodegas, coaligados todos en hacerle imposible la vida, en compensación a su cruento laborar, y en el plan de machete de la guardia rural.

Por la Comisión de Prensa nombrada en la Asamblea Nacional Obrera,

Juan Tur.

Se suplica la reproducción en la prensa obrera de España.

La guerra, producto fatal de las condiciones económicas actuales, no desaparecerá definitivamente sino con la destrucción del régimen capitalista, la emancipación del trabajo y el triunfo internacional del socialismo.

(Declaraciones del Congreso Obrero Internacional de París, 1889.)

EL NIÑO MARTIR

LEON CARDENAS MARTINEZ, JR.

LA VERDAD FULGURA Y LA INOCENCIA DEL SACRIFICADO EN INFAME CRIMEN OFICIAL

Historia, Documentación, Estudio Jurídico, Ultimas palabras de la víctima y Corona fúnebre en su Velada

Recopilación hecha por León Cárdenas Martinez, Sr.

(CONTINUACION)

YO ACUSO......!!

Ante el augusto tribunal formado por las conciencias de los hombres honrados del Mundo entero.

Ante los que, por espíritu sano de investigación han querido encontrar un remedio en las leyes naturales y escritas.

Ante las organizaciones de Gobierno que conservan restos de honradez; y

Muy especialmente ante todos los hombres que, poseídos del Amor Universal, luchan por la igualdad social.

Yo acuso y desenmascaro en estas líneas a la asquerosa administración americana; a la asquerosa Maffia constituida por los mal llamados abogados, jueces y magistrados que intervinieron en todas las persecuciones judiciales, no con objeto de defender a la sociedad ni buscar la regeneración de los agentes de crímenes, que, muchas veces no se han cometido, o lo han sido por otros diversos a los perseguidos.

Yo acuso y desenmascaro a esos degenerados en figuras de hombres que dedican su tiempo a estafar miserablemente el oro arrancado a las lágrimas de las atribuladas familias y conocidos, que de esa manera echan pitanza a la jauría de perros rabiosos que, cuando han esprimido todo el jugo, sacian sus nauseabundas fauces en la sangre de los inocentes sacrificados.

Yo acuso y desenmascaro a la administración americana, de venalidad, impudicia, mala fe y corrupción, basado en la persecución a mi hijo León Cárdenas Martínez jr. quien a pesar de su inocencia, en estos momentos ha sido ya ajusticiado para baldón, infamia y remordimiento de sus verdugos que, a sabiendas, cometen el más horrible de los crímenes oficiales.

La historia no es larga, a pesar de la complicación urdida en ella.

Una mujer, educada dentro de corrompida Sociedad, frecuentaba el trato de sus amigos los cawboys, y con ellos asistió en Saragosa a una elección.

Al atardecer, Emma Brown se retiró a su casa al tiempo en que lo hacen sus amigos, y al día siguiente, es encontrada en un camino, muerta . . .

La ferocidad de los cawboys, que han visto en aquel hecho un crimen, tratan de encontrar víctima en quien cebarse y, la señala en un niño de diez y seis años que, como muchos otros, por curiosidad se acercó a ver a la muerta . . . La ferocidad de los linchadores, sus violencias y demás actos, obligan a aquel niño aterrorizado, a declararse culpable de un delito que se suponía cometido; más tarde esa ferocidad de los linchadores, arroja a la familia de su hogar al desierto, robándole sus muebles y economías; y, poniendo de acuerdo a los funcionarios que instruyen la causa, llevan éstos la brutal amenaza hasta dentro del calabozo del perseguido y lo obligan a firmar una declaración fabricada por los Sayones . . .

Los rudimentos de derecho de la edad media, requieren como base de un procedimiento criminal: la comprobación del cuerpo del delito. Un cadáver no es la prueba de un delito, si no se establece por peritos en una autopsia, que recibió heridas; con que armas las recibió y por último, que esas heridas le causaron la muerte. En el caso de la Brown no hubo la autopsia, sino únicamente el dicho de un médico, quien ante las autoridades declaró: primero, que la occisa tenía siete puñaladas, y días después que eran dos . . . y sobre ese dicho, que carece de fe, que se manifiesta falso, se laboró por las arpías judiciales, la persecución contra un niño inocente.

La responsabilidad criminal, aun entre los cafres, se establece con testigos. El crimen si se hubiese cometido, hubiera tenido muchos testigos: todos los amigos de la Brown que la acompañaban y los vecinos del lugar donde fué encontrado el cadáver, lugar que no es solitario sino concurrido por entrantes y salientes . . . y ningún testigo declaró sobre tal crimen. En cambio declaraciones de hombres honrados establecieron la buena conducta de mi hijo; su ningún trato con la Brown; su falta de interés en que dicha mujer viviera o no; que León, durante el día de los acontecimientos, permaneció trabajando honradamente en un establecimiento comercial y era físicamente imposible que poseyera el don de la ubicuidad y estuviera a un tiempo trabajando o durmiendo en medio de su familia y cometiendo en lugar distante el homicidio de una mujer de muchos amigos.

La Ley americana impide que se aplique la pena de muerte a un menor de 18 años y, quedó probado que León tenía diez y seis, con las actas del Registro civil otorgadas por las autoridades mexicanas, que traen el sello de la autenticidad y la fe que merece el acto ejecutado en nombre de una Nación donde aún no se pierde el sentimiento de justicia para encenagarse en la más absurda y completa prostitución y mercantilismo, como ha sucedido en este país con las autoridades judiciales.

Y a pesar del decantado progreso de Estados Unidos; y a pesar del decantado respeto a sus leyes; y a pesar de la máscara hipócrita de la Religión con que encubren sus marranadas, después de haber recibido entre unos y otros más de seis mil quinientos dollars que representan: mis sacrificios; la ayuda solidaria de los proletarios mis hermanos; la ayuda del Gobierno mexicano, por conducto del Cónsul de San Antonio, han llevado por medio de patrañas y enredos la causa, hasta coronar sus asquerosidades, con el sacrificio de un inocente . . .

Todos se han portado igual: abogados, jueces y magistrados.

En la Corte de Pecos, asquerosamente coartaron la defensa.

En la Corte de Austin, a pesar de la discención de unos jueces, la mayoría sancionó la perpetración del crimen acordado en Pecos.

La Suprema Corte se rehusó a conocer de la revisión de la causa, por falta de formalidades.

Promovido amparo de garantías, el Juez Federal en San Antonio desechó el recurso con el pretexto de que carecía de competencia. y en lo personal mandó decir al Gobernador, que tenía la convicción de que León era menor de diez y ocho años y que si se le ejecutaba, se cometería un crímen judicial.

Se apeló ante la Suprema Corte de Justicia en Washington y se agotaron gestiones ante el Presidente Wilson, su Secrario Bryand y Colquitt, quienes convencidos moralmente de la inocencia de mi hijo, entregaron friamente una víctima más, para satisfacer el sanguinario instinto de los linchadores, para satisfacer pasiones innobles o quizá con el fin de matar un mexicano mas aherrojado e indefenso, ya que están palpando la imposibilidad que tienen para hacerlo impunemente en un campo de batalla.

Tan patente, tan clara es la monstruo sidad, que no necesito para aclararla más argumento que la relación que de ella acabo de hacer; réstame, sí, aclarar el cargo que formulo, de que se escudan los farsantes de este sistema burgués en la hipócrita máscara de la Religión.

Tanto mi hijo, como mi familia, desde que comenzó la persecución, hemos sido visitados por muchos mal llamados Ministros de Dios, tanto católicos como protestantes, insistiendo torpemente en sus insinuaciones para conocer nuestra religión, como si en ello estribara la inocencia de un hombre o si en su modo de pensar consistiera la prueba de su delincuencia.

El argumento siempre era este: si ustedes son católicos, el clero hará presión sobre la autoridad para escapar a su hijo de la Horca; si ustedes son protestantes, los protestantes, harán la tarea . . . y, bien, en esto no ha habido piedad, ni caridad, ni amor al prójimo, ni filantropía, ni virtud alguna, sino solo el trabajo egolatra de inteligencias agenas a todo sentimiento de nobleza en quienes, perdidas sus esperanzas de encontrar en nosotros hipocresía y fanatismo, estoy seguro de que han cooperado con los puercos linchadores, salvajes blancos, en la cruel tarea de acabar con la vida de un inocente.

El Obispo de Baltimore, según noticias que tengo, reunió ocho mil dollares para comprar a la Justicia de su País, y cuando supo que no se trataba de un creyente católico, los destinó probablemente a la construcción de algún convento donde seguir adelante su tarea de envilecedor de conciencias.

Hermanos, camaradas, hombres honrados de todos los paises, os formulo este Yo acuso, comprobado con todas las constancias acumuladas en una farsa judaica para que, conociendo todas las asquerosidades de este País, deis a cada quien lo que merece; al inocente su vindicación . . . y a los asesinos, a los asesinos oficiales que aquí trafican en los tribunales con las honras y con las vidas de los proletarios, el castigo a que se hacen merecedores por sus iniquidades.

Espero, que tomeis en cuenta mi acusación y castigueis a los salvajes e hipócritas que en este País, lo mismo que en otros muchos, sangran al proletario para saciar sus instintos canibalescos y mantener una organización corrompida para ahogar las libertades, los derechos y las conciencias de los hombres honrados.

Heme aquí, en el lugar donde me lo indiqueis, listo para sostener mi acusación contra los culpables.

León Cárdenas Martínez.

Waco, Texas, a 11 de mayo de 1914.

¿Reivindicando al Sr. José Raices?

¿Has leído en «El Mundo» del día 7 una correspondencia de aquí, de Santiago de las Vegas?

—Sí, le contesté, a un amigo que me hizo la anterior pregunta indignado de que en los tiempos presentes se escriban tamañas barbaridades en periódicos que colaboran plumas tan esclarecidas como las de Bobadilla, Zamacois y Bonafoux.

—Y . . . ¿qué opinas tu de los individuos que descienden a tan bajo nivel moral? por que se necesita ser un tipo especial inferhumano para colmar de honores a un bodeguero como Raices que ha hecho todo lo que ha podido para sumir al pueblo de Santiago en la más espantosa miseria.

—¡Qué quieres que opine, hombre...! Es el tipo ridículamente grotesco de todas las épocas. Sin él la adulonería no se conocería y los malos y los canallas no tendrían defensores.

Pero . . . ¿estos periodistas, o lo que sean, no encuentran otro medio de buscarse la vida que no sea la adulación y la calumnia contra todo cuanto de bueno hay en el mundo?

Es un oficio y no hay quisn los saque de ahí. El mismo Bobadilla (Fray Candil) en el mismo número del periódico que nos ocupa escribe, referente a esta clase de arque-tipos, lo que sigue: «Para adquirir fama, no se requiere talento, sino columna vertebral flexible». Y aunque el «reivindicador» de Raices no quiera adquirir fama por temor a un pezcozón le basta con un mendrugo que le arroje su «reivindicado».

—Pero así sale más mal parado que si hubiera dicho la verdad.

—No, no sale mas mal parado porque figura que funcionó el teléfono a larga distancia y vino un periodista de la Habana y el verdadero autor se lava las manos como Pilatos. Figúrate tu que ese señor *periodista* en vez de poner de manifiesto la «honradez», la «laboriosidad», la «caballerosidad», las «generales simpatías» que goza el señor Raices en Santiago y demás zarandajas que tan mal suenan al oido cuando se trata de personas de pésima conducta, hubiera escrito: La honradez del señor Raices hay que ponerla en cuarentena, porque es un hombre que después de desplumar al prójimo sobre el mostrador es un traidor que con su ambición desmesurada forma complot para sumir en la miseria al pobre que con su trabajo hace un esfuerzo para darle de comer a sus hijos. Prueba lo que digo el hecho de haberse combinado con el repartidor de pan llamado Nicolás, para desacreditar y echar a perder el pan que amasa Francisco García, con el deliberado propósito de sumir a una familia más en la miseria en que está. Y ahora con la hipocresía que le caracteriza, estaba realizando una obra de zapa para convertir a Santiago en un mar de miserias. Sabemos que el bodeguero Raices sacó cuatro mil pesos que tenía en el banco para emplearlos en víveres en la Habana y hacer su agosto aquí. Sabemos que este hipócrita mandó a su mujer a Bejucal para olojar los víveres en la casa de vivienda. Y sabemos todo esto por boca de él mismo, que creía no le oíamos.

Si esta verdad la hubiera dicho ese señor *periodista* no hubiera recibido el mendrugo de su «reivindicado» y se hubiera puesto a bien con el pueblo que no tiene nada que dar.

—Pero amigo mio: has dejado en el tintero lo mejor.

—¿Qué es ello?

—Que «El Mundo» dice que ese señor bodeguero se hallaba fuera de Santiago cuando la algarada, y es inexacto, por que huyéndole a la quema se escondió entre dos sacos de harina o en la carbonera.

—Pero el *periodista* le «lavó» la tizne, como tu comprenderás . . .

—Y a los otros ¿quién los lava?

—¿Qué otros . . . ?

—A José Jiménez, Herminio Borrero, Tinto Romero, Evaristo Oliva, Jorge Salinas, Fernando Ovies, José Cartaya, Epifanio López y Joaquín Suárez, que fueron en comisión a ofrecerle garantías y pedirle perdón al señor Raices, por lo que el pueblo, la plebe había hecho en su bodega.

—Hombre, yo no creo que dieran este paso, a pesar de que «El Mundo» lo dice, pero si es verdad que lo dieron, se tiznaron mucho más que se tiznó, acurrucado en su carbonera, el señor Raices, y en este caso ellos son los encargados de lavarse bajo la ducha de la honradez trabajadora, si es que el agua no viene sucia con el excremento político, y en este caso quedarán hechos unos señores . . . honrados . . . a carta cabal . . . ¿No queda nada en el tintero, amigo mio? porque yo tengo una memoria mala . . .

—Sí, queda mucho que decir que hay que decirlo cuanto antes, porque de lo contrario estamos perdidos. Hay muchos individuos que han hablado mucho de anarquía desde la tribuna y hoy andan culebreando . . . que es un contento.

—Déjalos, son unos pobres diablos que más que otra cosa les tengo lástima . . .

¡Dejarlos . . . !

—Sí, hombre, dejémoslos; que no puede haber más generales que soldados. Cuando más alcanzarán una plaza de secretas y no saldrán de la miseria.

Pica-Pica.

—¿Y qué hay que hacer?

—Esperar. El capitán del buque, con quien he hablado un momento en el Café Central, me ha prometido enviar una lancha con un marinero a bordo a las tres de la madrugada. La lancha vendrá a buscarnos a la playa. Así, no hay peligro.

—Está bien.

Hizo un esfuerzo, se levantó del sofá, encendió un cigarrillo y empezó a pasear por la habitación.

—¿Te sientes mejor?—le pregunté.

—Sí.

—Al llegar a un ángulo de la habitación, se detuvo ante mis maletas, las contempló en silencio un momento . . . Luego, movió tristemente la cabeza y continuó su paseo . . .

De repente, se paró de nuevo, miró al compañero que hojeaba distraídamente un libro y dijo:

—¿En qué piensas tú?

El interpelado miró a Stefánoff con extrañeza.

—Sí.

—Y cogimos mis bagajes.

—¡Cómo pesan tus maletas!—exclamó.

—Dame una a mí.

—No. Deja. Yo las llevaré.

Y nos dispusimos a salir.

Stefánoff dormía profundamente . . .

—¿Vas a despertarle?—me preguntó el otro.

—No.

Una fuerza extraña me impedía salir de aquella habitación, en donde quedaba sólo, como único morador, un condenado a muerte . . .

Miré a Stefánoff detenidamente. Su semblante expresaba una mueca de dolor, y sus dientes rechinaban por momentos dejando escapar un silbido apenas perceptible, producido por la respiración agitada . . . Entre sus crispadas manos estrechaba un pañuelo blanquecino . . .

—¡Estará tal vez soñando! . . .—pensé.

Mi compañero me llamó de nuevo.

Stefánoff me miró un instante fijamente, movio tristemente la cabeza en signo negativo, ahogó un sollozo . . . ¡Un sollozo que conmovió lo más profundo de mi ser! Quiso hablar, decir algo, una palabra cualquiera de despedida . . . Esfuerzo vano. Pero lo que sus labios no pudieron expresar, lo leí en sus ojos, a través de las perlas blanquecinas que los empañaban . . .

Hubo un silencio breve, muy breve . . .

Al fin, haciendo un supremo esfuerzo, pudo murmurar en voz muy queda:

—¡Buen viaje!

Y precipitadamente, temiendo ver estallar su pena, se metió en la cama . . .

La conmoción que aquella fraternal escena de despedida me produjo, no se borrará jamás de mi memoria . . .

. . . .

. . . .

—Son las tres menos cuarto,—dijo el compañero en voz baja.—¿Nos vamos?

—En este momento, en nada,—contestó.—¿Y tú?

—Yo pienso en algo de muy triste,—suspiró con pena el macedoniano.—Pienso en que voy a separarme de un amigo, casi un hermano, tal vez para siempre.

Dominado por la emoción, dije:

—No seas fatalista, *brat*. Piensa, al contrario, en que muy en breve volveremos a reunirnos.

Yo debo confesar que hablaba sin convicción, sin esperanza alguna, movido sólo por el deseo de decir algo . . .

Pero Stefánoff se encogió de hombros.

—No me ha gustado nunca ilusionarme, tú lo sabes. Hace poco, mientras dormitaba en ese sofá, he visto pasar ante mis ojos un espectro horrible . . . ¡Qué repugnante es la muerte! El espectro llevaba en su mano diestra un capuchón negro y una soga húmeda en la izquierda . . . Y me miraba fijamente mostrándome la cuerda, y reía . . . reía . . .

Tu bienestar, en tu brazo

Vale más un puñado de fuerza, que un saco de derechos.

MAX STIRNER.

¡Mira los parias! Regias mansiones, costosos automóviles, deslumbrantes y ricas joyas, abundantes y surtidos manjares, monumentales edificios, alcázares, chalés, palacios, coches, caballos, criados, poder, riquezas, prestigio y mucho dinero, mientras . . . que tú, miserable Galeote, triste paria, despreciado, escarnecido, agonizas por la falta de pan, entre tanta opulencia y hartura tanta.

¿No ves paria el criminal contraste? ¿Te ciega la luz? ¡Escúchame! Todo él consume y no produce, es un ¡ladrón! La Naturaleza no ha designado nada para nadie y por tanto, el que posée bienes, o sea el que explota a sus semejantes viviendo de zángano, descarado y sinvergüenza, es un ladrón porque se ha apoderado de lo que no le pertenece sino que pertenece a todos por igual (esto es) a la sociedad entera.

El que te explota y vive sin producir con el nombre de gobernante, político, monárquico, republicano, demócrata, socialista, espiritista, religioso, etc. etc., también es un ladrón; porque todos estos corifeos, sicarios, vampiros y canallescos gobernantes, como los sicofantes propagadores de una ciencia infusa y amasacotada y al igual que los hipócritas redentores del cuarto estado con su absurdo programa máximo y mínimo lo que hacen es violentar las leyes de la naturaleza y sumir a la mayor parte en la más desesperante miseria y degradación, mientras ellos gozan inmerecidamente de todas las bienandanzas de la vida. Mientras que a tí el hambre te hace morir en el arroyo después de haber producido intereres que acumulados por otros constituyen grandes fortunas que para vegüenza, mofa y oprobio botan a manos llenas el oro que te robaron en opíparos banquetes y en orgías crapulosas, donde compran los placeres de tus hijas, por la miseria que obliga a comerciar sus besos y a vender sus caricias al acéfalo burgués que te aniquila y explota.

Mientras tu vagas por el campo, pueblo, aldea y ciudad, encorvado por los años, estenuado por el hambre, tus carnes escuálidas, las cubres con miserables guiñapos, descalzo, sin amparo, vas cual eterno peregrino, cabizbajo, meditabundo y resignado como el ciervo medioeval en busca de un amo nuevo que consienta en explotar tu músculo, en masturbar tu inteligencia para llevar un mendrugo de pan a aquella esposa que dejastes tras sí, triste y doliente.

En tanto los injustos señores con negra ingratitud y duro encono, tu harapo y tus sudores les repugnan . . . En tanto los señores que te explotan tienen sus almacenes repletos de alimentos; ropas y zapatos, lujosos trajes con que alimentar y cubrir sus asquerosos cuerpos, sus mesalinas mujeres y corrompidas mancebas. Y todo esto, ¿no te da qué pensar? . . . ¿Ignoras que todo lo existe es tuyo?

El progreso actual ha costado muchos sacrificios, millones de vidas proletarias.

La riqueza social tú la has creado, en la mar embravecida luchando brazo a brazo con las olas, en la mina extrayendo los diferentes metales, en subterráneas galerías, haciendo vida de topo sin que un rayo de sol acariciara el cielo de tu frente sudorosa, en el campo contra secas y huracanes, y en el taller y la fábrica sirviendo de cebo a las vertiginosas poleas, dejando girones de tu carne, convirtiendo a papilla tus entrañas entre el engranaje de la monstruosa maquinaria.

Todo, todo lo creado es obra de la callosa mano del obrero, honrada mano que dignifica al sentir el áspero contacto de sus cicatrices.

Obrero era Colón y descubrió al Nuevo Mundo. Obreros Magallanes, Vasco de Gama y otros en sus viajes de circunvalación.

Obrero Newton, autor de la gravitación universal; obrero Papin, que en sus marmítas descubre la expansión de los gases; obrero Fulton, y aplicó el vapor a las naves haciendo que se deslizaran vertiginosas a uno y otro confín del planeta dejando la blanca estela en las aguas y la negra nube de humo en los aires; obrero Galileo, descubridor de la rotación terrestre, y oscilación del péndulo; obrero Arquimides, autor del tornillo de su nombre, descubridor de los espejos austerios, célebre por su inmortal «Eureka»; obrero Pitágoras, autor de las matemáticas; obrero Franklin, descubridor del para-rayos; obrero Guttenberg, inventor de la imprenta; pero a ¿qué seguir citando? si desde la rústica carreta arrastrada por bueyes, al moderno aeroplano, es hecho por el inmenso ejército de los productores.

¿Y si todo es vuestro, si todo os pertenece . . . como censientes vivir en esta desigualdad social?, caos horripilante de todos los grandes desbarajustes, infames atropellos, impuras libidinosidades, groseras concupiscencias y de miserias degeneradas.

¿Es que el fango de la inmoralidad te ahoga, y en él te revuelcas indolente y satisfecho como inmunda alimaña acostumbrada a respirar hedores de letrina y nutrirte de asquerosa y repugnante basura y de detritus? ¿Será tu degeneración tan grande, tan tristemente aterradora, que siendo parte integrante de ese pueblo promovedor augusto de todas las riquezas, de ese pueblo dispensador natural, único y positivo dispensador posible de toda protección, dicha y ventura te prosternes humillado ante los grandes tiranos de la humanidad y vitorees frenético a tus falsos protectores, a tus mismos enemigos, colocándolos (necios) sobre la cumbre soberana del gobierno?

No trabajador, compañero, camarada, hermano; piensa, estudia y analiza y te convencerás que todo es tuyo, porque tú lo has hecho.

Rebélate, no sigas siendo paria, exige lo que es tuyo, aunque bañes con sangre tus derechos, yérguete audaz, fuerte y valeroso y apostrofa al prepotente que de tu jornada vive.

Levanta tu grito de guerra que repercuta con eco lúgubre por todos los ámbitos de la tierra y con denuedo y por tu libertad lánzate a la pelea.

Abandona la mina, la fábrica y el campo, cambia tus herramientas de trabajo por la redentora dinamita, despójate del miedo que te humilla al imbécil que te roba y te gobierna y armado cual nuevo Cid campeador, puebla las calles, plazas y paseos en demanda de lo tuyo.

Haz de la unión ola incontrastable, formidable avalancha, blokc destructible, ariete que derroque fortalezas, que cual impetuoso y terrible huracán sepulte a esta sociedad desigual en insondable abismo, para fundar otra nueva basada en el amor, en la verdad del derecho igualitario y en la augusta y equitativa justicia: Una sociedad sin altares, sanciones ni banderas que nos aten.

DOMINGO GERMINAL.

Antilla.

Nueva Directiva

La «Unión de Dependientes de Cafés», de la Habana, en atenta comunicación hace presente haber sido elegidos para regir los destinos de su asociación durante el año 1914, los siguientes socios:

Presidente, Manuel Fernández; Vice, Emilio Díaz; Secretario, Francisco Arias; Vice, Tomás Vélez; Contador, Simón Zurdo; Tesorero, Florentino Rodríguez.

Vocales: Francisco Bouza, José Mauri, Francisco Ruiz, Manuel Ordoñez, Cándido López, Lucio Celaya, Manuel Pernas, Manuel Rodríguez, José López García.

Su local social y Secretaría radica en Monte 15, altos.

De Santiago de Cuba

Compañeros de ¡TIERRA!

Salud.

Adjunto os remito $6.25 m. a., recolectados entre varios compañeros, en distintos lugares:

MINAS DE SIGUA, Un progresista, 0 50; MINAS DEL NORTE, Uno que ama la idea, 0.50; DAIQUIRÍ, Un negrero, 0.65; Pedro Machines, 0.50; PLAYA DE DAIQUIRÍ, Un intruso, 0.30; José Avivar, 0.30; José Tallón, 0.40; Marcelo, 0.50; SANTIAGO DE CUBA, Enrique García, $1.00; Juan Rebelde, 0.10; VILLA DEL COBRE, Severo Fernández, 0.50; Manuel López, 0.25; Isaac Campos, 0.25; José Varas Campos, 0.50; Premio, 0.31.—Total: $6.56.

DISTRIBUCIÓN

Por una suscripción a «Cultura Obrera», de New Yor, $1.00 y los $5.56 restantes para ¡TIERRA!

Vuestro fraternalmente y de la causa,

RAFAEL GUZMÁN.

Nota:

«Cultura Obrera» me mandará la suscripción a Cristina alta, 48, Santiago de Cuba.

CASA DEL OBRERO MUNDIAL

CENTRO SINDICALISTA. ESTANCO DE HOMBRES NUMERO 44. TELÉFONO MEXICANA 6653 NEGRO. MÉXICO, D. F.

México, Julio 23 de 1014.

Compañero Domingo Mir.

En una habitación de mi taller mecánico, he abierto una agencia de propaganda Sindicalista y Anarquista; donde pienso mandar traer las obras de la Escuela Moderna, periódicos, folletos, postales y demás libros sociológicos modernos.

Sin dejar de atender la Casa del Obrero y la administración del órgano de la Confederación «Emancipación Obrera», quiero en esta forma con mayor radio de acción poder divulgar nuestro hermoso Ideal. Para lo cual deseo que me pongais un aviso solicitando el envío de diez ejemplares de cada número de toda la prensa libertaria que se publique en español (por de pronto mientras el movimiento crece) así como folletos, etc., etc. Libros, dos o tres a lo sumo, de cada uno.

Solamente que no sé cómo hacer, porque no tengo fondos para mandar todo el dinero que se necesita al hacer el pedido. Debo hacer constar que no me guía el negocio personal, sino el acto que siempre he observado, la difusión y la ayuda solidaria para los editores a fin de que, la causa cunda con más celeridad.

Así que espero comunicarme con los grupos y sociedades de publicidad, para ver en qué forma lo arreglamos y poderles enviar lo que aquí editemos nosotros.

La dirección es: «Agencia de Propaganda Sociológica-Moderna Mundial». Jacinto Huitrón, 4ª Calle de San Felipe Neri número 110, México, Ciudad.

Sin más por ahora vuestro y de la causa.

¡Afinidad, solidaridad y deber!

JACINTO HUITRÓN.

Pedid la reproducción del aviso en toda la prensa obrera.

Buzón de "¡Tierra!"

Todos los periódicos que mandaban prensa a Juan Castells, Box 283, Witerbee, suprimirán el envío hasta nuevo aviso.

—«Tierra y Libertad» mandará una suscripción, por cuyo pago hemos recibido 0.40, a Enrique Berenguer, Hacienda «San Esteban», Damajagua, Oriente (Cuba).

—Todos los periódicos que mandan ejemplares al compañero José Monferrer, en Caimanera (Cuba) suspenderán el envío hasta nuevo aviso, pues el citado compañero ha tenido que ausentarse de allí.

—Manuel Vilar pasará a recojer una carta que ha llegado para él a esta Administración.

SUSCRIPCIONES

Para «El Dependiente»:

Suma anterior: $ 4.89 —CÁRDENAS, Armando Jénez, 0.80; AGRAMONTE, Nicasio Pérez, 0 30; SANCTI-SPÍRITUS, M. Más Peñate, 0 20.—Total: $6.19.—Entregado: $5.69.—Quedan: 0.50.

• • •

Para «Tierra y Libertad»:

SANCTI-SPÍRITUS, M. Más Peñate, 0.20; A. Ramírez, 0.40; J. Ramian, 0.40.

• • •

Para «Regeneración»:

Suma anterior: $22.88.—SANCTI-SPÍRITUS, M. Más Peñate, $1.00; F. Suárez, 0.20; A. Castro, 0.20; R. Marín, 0.20; Isaia, 0.20; J. G. Barquero, 0.20.—Total: $24 88.

Para cubrir el déficit de ¡TIERRA!

Suma anterior: $11.70.—ESPERANZA, Felipa Rodríguez, 0.05; NEW YORK, Fidel Arcieri, 0.50; SANCTI-SPÍRITUS, M. Más Peñate, 0.20; HABANA, Domingo Mir, $2.00; Juan Tur, $3.00; Pablo, el cajista de ¡TIERRA!, $3.00; C. Martínez, el otro cajista, 0.50; Alfredo Abella, 0.30; Hernández Lapido, el impresor, $1.00; Un labriego, 0.60.—Total: $22.85.

ADMINISTRACION

INGRESOS

HABANA, J. Iglesias, 0.10: R. Delgado, 0.07: C. Conde, 0.20: Juan Falcón, 0.20: E. López, 0.20: A. Cintra, 0.60: J. Serrano, 0.20: M. Ledo, 0.20: A. Solloso, 0.20: J. Robles, 0.20: J. Almeda, 0.20: Santana, 0.50: A. Sánchez, 0.20: A. Larosa, 0.20: E. Delgado, 0.20: A. Cubero, 0.60: A. Labat, 0.20: E. Benítez, 0.40: J. L. Fuentes, 0.20: R. Maruri, 0.40: V. Canedo, 0.40: L. E. Rey, 0.20: M. Nadal, 0.20: R. de la Torre, 0.20: F. López, 0.30: F. Fernández, 0.20: G. A. Cuadrado, 0.40: Ventas, 0 58: DEMAJAGUA, Federico Berenguer, 0.15: ESPERANZA, Felipa Rodríguez, $1.00: CAMAGUEY, Roque Carrón, por tres suscripciones, $1.42: S. DE BATABANÓ, Agrupación de Pescadores, $1.10: Antonio Homar, 0.40: Antonio Palmer, 0 40: Antonio Alemañy, 0.20: Arnaldo Pou, remitente, 0.20: Premio, 0.11: BARRIO GENERAL CARRILLO, Benito Vila, por paquetes, 0.38 y 0.30 de Avelino Duarte: NERVA, G. M. Durán, por conducto de «T. y L.», número 224, por paquetes, pago hasta el número 560, $1.00; CÁRDENAS, Armando Jénez, por paquetes, pago hasta el número 562, $2.61: SITIECITOS, Manuel García, 0.21: SANTIAGO DE CUBA, Rafael Guzmán, de varios, $5.56: BAINOA, Abelardo Quintia, 0.80: Manuel Salmerón, 0.60: Benito Quintillán, 0.40: Enrique Bouza, 0.20: Andrés G. Valdivia, $1.00: LA MAYA, Manuel Figueroa, por un año suscripción, $1.57: SANCTI SPÍRITUS, Remitido por M. Más Peñate: E. Fernández, 0.20: E. Pérez, 0.20: A. Ramírez, 0. 20: Un albañil, 0.20: R. Marín, 0.20: S. Luján, 0.40: Un cura de Sancti-Spíritus, 0.40: Presidente Panaderos, 0.20: Nolloa, 0.20: Un zapatero, 0.20: F. Pérez, 0.15: SANTA LUCÍA, José Rivera, 0.40: P. López, 0.40: FALCÓN, Demetrio Iglesias González, por paquetes, $1.03.—Total: $31.64.

GASTOS

Déficit del número 566, $346.41; Descuento al cobrador del 25 por 100 de $6.80, $1.70; Franqueo extranjero, $2.15; Id. Estados Unidos, $0.40; Id. ciudad, $0.20; Id. correspondencia, $0.47; Conducción papel correo, $0.40; Impresión del número 566, (3,500 ejemplares), $37.05; Administración y Redacción, $9.00.—TOTAL: $397.78.

RESUMEN

Ingresos	$ 31.64
Egresos	397.78
Déficit para el número 567 . .	$ 366.14

Los ojos de Stefánoff tomaron una expresión de espanto.

—¿Comprendéis? . . . — prosiguió. Este insomnio ha destruído todos mis proyectos. Sin embargo, yo soy un incrédulo en materia de sueños fantásticos y de toda clase de supersticiones. Pero, ¿qué quereis? Lógicamente, debe suceder. Hace ya mucho tiempo que estoy viviendo *con exceso*. Todo lo que he vivido hasta hoy, desde el día de mi condena a muerte, es *de regalo*. Pero, ¡qué diablo! Al fin y al cabo nada tiene de agradable la muerte en la horca, y esto es lo que me disgusta. Preferiría morir en las barricadas.

—Vaya, Stefánoff,—interrumpió el compañero,—deja a un lado esos escrúpulos. El tiempo y las circunstancias decidirán.

Paulatinamente, Stefánoff había recobrado su aplomo habitual.

—Tengo mucho sueño,—dijo, después de una pausa, restregándose los ojos.—Voy a ver si consigo dormir unas cuantas horas.

252

Y empezó a desnudarse . . .

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Las diez.

—Ya se acerca el momento de tu marcha,—dijo lentamente dirigiéndose a mí.

—Sí . . .

—Despidámonos ahora, pues tal vez más tarde el sueño se haya apoderado de mí y tendrías que marcharte sin . . .

—Tienes razón,—dije.

Nuestro compañero, emocionado, salió a respirar un poco a la galería.

Stefánoff se acercó a mí y quiso adoptar un aire de jovialidad, una sonrisa que fué desmentida por dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas contraídas . . .

Nos abrazamos . . .

—*Do svidánia*, (1)—le dije, tratando de animarle.—Espero que muy pronto nos volveremos a ver.

(1) *«Do svidánia», en ruso, significa: «Hasta la vista».*

253

La hora del embarque se aproximaba . . .

Al fin, me decidí a salir de aquella casa, no sin dirigir una última mirada a la cama en donde dormitaba un héroe . . .

¡Y aquello fué la eterna despedida!

Ya no le he vuelto a ver . . .

. . . .

Dos horas después, zarpaba el buque . . .

El compañero que había venido a despedirme, al mismo tiempo que a organizar *mi huída*, agitó desde la orilla un pañuelo blanco.

Los primeros rayos del Gran Astro llenaban el mar de auríferas franjas . . .

Los montes balkánicos teñíanse de rojo y escarlata . . .

Y aquella bellísima aurora aumentaba mi pena, al pensar en el entrañable amigo a quien la muerte acechaba . . . allá, en las celdas tenebrosas de las cárceles macedonianas . . .

. . . .

256

Le dí una almohada para que apoyara la cabeza, y así permaneció cerca de una hora.

XVIII

—Ya estoy de vuelta, dijo al entrar, el compañero encargado de ultimar los preparativos de mi marcha.

Y viendo a Stefánoff tendido en el sofá, preguntó en voz baja:

—¿Está enfermo?

—Una indisposición,—respondí.—La fatiga . . .

Stefánoff abrió los ojos.

—¿Traes lo convenido?—interrogó.

—Sí.

—¿A qué hora es la salida?

—A las cinco.

—¿Vas a llevar tú mismo las maletas a bordo?

Sí. Pero no podrá embarcar hasta las tres de la madrugada. El buque se halla anclado en medio de la rada, y a esta hora no hay ningún barquero en el muelle. Además, la policía del puerto vigila . . .

249